

EL HOMBRE COMO OBJETO DE CONOCIMIENTO: UNA REFLEXIÓN DESDE LA ANTROPOLOGÍA PERSONALISTA DE KAROL WOJTYLA

MAN AS A KNOWLEDGE OBJECT: A REFLECTION FROM THE PERSONALISTIC KAROL WOJTYLA ANTHROPOLOGY

Carmen González*

Universidad Católica de Santa Fe. Argentina
carmenbgon@hotmail.com, cgonzalez@ucsf.edu.ar

Resumen

En este trabajo repasaremos el caso de la comunidad científica de la Alemania Nazi que, negando el carácter personal de algunos seres humanos, los redujo a objetos de investigación con discutibles intereses estrictamente científicos. Caso que tomamos como referente de la actitud científica que desliga a la ciencia de toda reflexión filosófica y, consecuentemente, ética. Como contracara de este fenómeno histórico, asumiremos la concepción personalista de Karol Wojtyla –contemporánea a este hecho histórico- que propone un método de conocimiento antropológico a la altura de la realidad ontológica de la persona y la consecuente norma moral que de ésta naturaleza deriva. Concepción que se fragua en la experiencia de amistad con la Dra. Wanda Poltawska, víctima de experimentos en el campo de concentración de Ravensbrück. Finalmente, nos proponemos repensar las expresiones de “Ciencias Humanas”, y “Ciencias de la Persona” a los fines de explicitar lo que en ellas se supone como finalidad y medios legítimos en el esfuerzo humano del conocimiento que tiene por objeto al hombre mismo.

Palabras clave: Ciencias humanas, biologicismo, persona, dignidad, antropología wojtyliana

Abstract

In this paper we will revise the scientific community's case of the Nazi Germany who, denying the personal characters of some human beings, reduced them to investigation objects. Using this case as a reference of the scientific attitude that exempt science from every philosophical and ethic consideration. Unlike this historical phenomenon, Wojtyla's personalism proposes a knowledge method adapted to the person's reality and its morality. Finally, we aim to rethink the “Human Science” in order to explicit its purpose and legitims methods.

Keywords: Human Science, person, dignity, Wojtyla's antropology.

*Profesora en Filosofía. Doctora en Filosofía por la Universidad Católica de Santa Fe, Argentina. Tesis publicada con el título “Fenomenología, ontología y ética La moral en el pensamiento de Karol Wojtyla”. Biblos, Buenos Aires, 2013. Docente titular en las cátedras de Ética y Antropología. Universidad Católica de Santa Fe. Argentina. Directora proyecto de investigación: Sobre los diferentes modos del conocimiento humano que confluyen en la formación universitaria.

Reibido: 14 de Julio 2015 / **Aceptado:** 25 de Agosto 2015

Introducción

A comienzos de la denominada “edad moderna” se produjo una saludable pero, al mismo tiempo, riesgosa separación entre el conocimiento científico y el conocimiento filosófico e incluso teológico. Lo saludable fue el hecho de permitir incorporar como criterio de veracidad de las afirmaciones científicas a la comprobación empírica con lo cual se estableció el límite del criterio de autoridad reservado ahora al ámbito de lo revelado o incluso especulado filosóficamente. Pero esta distinción de los ámbitos y sus respectivos métodos llegó a separarlos e incluso, enfrentarlos.

Con el paso del tiempo, y a comienzos del siglo XIX, la eficacia de las ciencias naturales pretendió trasladarse, con los mismos parámetros, a las nascentes ciencias del espíritu negando, para ello, la dimensión no material del ser humano y considerándolo desde el punto de vista estrictamente biologicista.

La separación entre ciencia y filosofía, por un lado, y la sobrestimación del método experimental de las ciencias naturales, por otro, han puesto en una difícil situación al conocimiento de lo humano. Las nuevas ciencias humanas o sociales han olvidado la dimensión personal del ser humano con lo cual corren el riesgo de hacer que la ciencia, y con ella la técnica, lejos de estar al servicio de lo humano puedan servirse de algunos seres humanos sin considerarlos a la altura de su ser.

La antropología de Karol Wojtyła ofrece una posibilidad de un conocimiento ontológico de la persona que consecuentemente permite comprender los criterios con los cuales juzgar y decidir actos humanos que afectan a otros seres humanos. Y de este modo, pensar la urgencia de volver a relacionar un conocimiento ontológico con un conocimiento científico sobre la persona humana.

En este trabajo repasaremos el caso de la comunidad científica de la Alemania Nazi que, negando el carácter personal de algunos seres humanos, los redujo a objetos de investigación con discutibles intereses estrictamente científicos. Caso que tomamos como referente de la actitud científica que desliga a la ciencia de toda reflexión filosófica y, consecuentemente, ética. Como contracara de este fenómeno histórico, asumiremos la concepción personalista de Karol Wojtyła –contemporánea a este hecho histórico- que propone un método de conocimiento antropológico a la altura de la realidad ontológica de la persona y la consecuente norma moral que de ésta naturaleza deriva.

Ciencias sin ontología

Altamente significativo es que un crítico analista de la realidad como Max Weber (Castro-Gómez, 2000, p. 147) se haya expresado sobre el proceso de racionalización de occidente en términos de “desencantamiento del mundo”; gráfica expresión del sentimiento que parece animar el moderno procedimiento científico en tanto esfuerzo humano por descifrar las leyes que regulan el funcionamiento de la naturaleza con el fin de dominarla.

Innegable es esta visión dominante o instrumentalizadora de la razón científica en el ámbito de las ciencias naturales pero lo dilemático es aceptarla con los mismos parámetros en el ámbito de las nascentes ciencias humanas, sociales o del espíritu en la transición del siglo XIX al XX. Es conocida la reacción de filósofos, sobre todo alemanes, ante esta reducción positivista de la mirada sobre las ciencias sociales y la consecuente afirmación del monismo metodológico (Mardones, 2001). La urgencia por pensar un método diverso para las ciencias que tiene por objeto al hombre y sus actos, se funda en la intuición de que no es posible, en estos casos, la reducción causal de las explicaciones sino más bien la aproximación a la comprensión de los hechos que estarían

siempre manifestando una interioridad, una subjetividad imposible de ser explicada con la objetividad que se aplica a hechos fácticos y, por ende, empíricos.

Ahora bien, si bien es cierto que en la historia de la construcción occidental del concepto de ciencia se han producido muchos otros cambios en torno al debate, nos detendremos en el estado de situación de las ciencias humanas a principios del siglo XX en tanto constituye el escenario teórico desde el cual la comunidad científica de la Alemania nazi desplegó una serie de fundamentos teóricos y acciones fatalmente contundentes en torno a algunos seres humanos tomados como objeto de experimentación.

Si nos detenemos un instante en la reflexión sobre la íntima relación entre conocimiento y poder que ha existido desde que la ciencia dejó de ser contemplativa y respetuosa del orden natural preestablecido, para convertirse en instancia desentrañante de las leyes que gobiernan la realidad, vendrá a la luz el hecho de que la ciencia en Alemania de entre guerras fue consolidándose progresivamente como claro apéndice del poder del Estado. Es parte de este “proyecto moderno” otorgar al Estado un lugar preponderante siendo él quien ocupa el lugar de la Inteligencia ordenadora de este mundo desencantado y desacralizado:

El Estado es entendido como la esfera en donde todos los intereses encontrados de la sociedad pueden llegar a una *síntesis*, esto es, como el *locus* capaz de formular metas colectivas válidas para todos. Para ello se requiere la aplicación estricta de criterios racionales que permitan al Estado canalizar los deseos, intereses y emociones de los ciudadanos hacia las metas definidas por él mismo (...) El filósofo social norteamericano Immanuel Wallerstein ha mostrado cómo las ciencias sociales se convirtieron en una pieza fundamental para este proyecto de organización y control de la vida humana. (Castro-Gómez, 2000, p 147).

En este nuevo mundo “desencantado”, el orden mismo resulta impuesto por la razón humana; atrás ha quedado el interés epistémico de penetrar la realidad para comprender su naturaleza dando lugar al incesante esfuerzo por hacer de la realidad el mejor lugar para la vida humana y, al mismo tiempo, la vida humana como digna de ser vivida. Esta nueva concepción moderna de ciencia alimentó el criterio evolucionista por el cual desde todo punto de vista debe ser mejorada la condición humana haciendo posible, de cualquier modo, la selección del más apto.

De este modo, en Alemania del siglo XX se biologizó el discurso político desarrollando razones científicas que sostuvieron el intento de limpieza de la raza aria. La medicina en un sentido amplio, “se convirtió en auxiliar del poder a los efectos de seleccionar a los sujetos que van a ser excluidos o eliminados” decidiendo con total ausencia de sentido moral quién podía ser calificado como ser humano con una vida digna de ser vivida (Navarro, 2009).

Una ciencia desvinculada de toda reflexión ontológica redujo al hombre a ser biológico, a ser determinado genéticamente y por tanto, condenado a su eliminación mientras fuera un individuo que degenera el parámetro de vida digna. Una nueva ciencia que se instala en la civilización moderna como instrumento de control y dominio de la realidad daría lugar al capítulo más aberrante de la historia de occidente: la experimentación con seres humanos bajo el supuesto ideológico de la mejora de la raza humana.

El hombre como objeto de investigación científica.

El día 18 de agosto de 1939, el Ministerio del Interior del Reich presentó en sociedad un organismo hasta entonces inexistente: el Comité del Reich para el Registro Científico de Enfermedades Genéticas y Constitucionales Graves.

Lo hizo ante un público especializado, médicos y funcionarios de la sanidad y fue publicado, con acceso restringido, en el Boletín Alemán de Medicina en marzo de 1940. En principio y según lo declarado, el Comité tenía la función de “recopilar datos de *recién nacidos contrahechos*, etc., con el objetivo de analizarlos científicamente para introducir mejoras de prevención y terapia” (Götz, 2014, p. 44), objetivo científico perfectamente coherente con aquellos otros de naturaleza política.

Por entonces ya era conocido el plan que buscaba la pureza de la raza aria y que Hitler venía sosteniendo desde su promocionada obra *Mi Lucha*. La eliminación de seres humanos que degeneraban el patrón genético de la misma necesitaba subsistir bajo el manto de una supuesta acción científica con fines preventivos y terapéuticos. Terapéuticos, sabemos que no fueron ninguna de las acciones legitimadas por el Comité y en cuanto a la prevención también se ha mostrado que no buscaba la prevención de las enfermedades posibles de contraer sino prevenir el nacimiento de seres humanos que de modo determinista se pronosticaba deficientes.

Tres días después de la publicación del Boletín de Medicina, en una reunión de Consejos de Municipios Alemanes, se habló de los alojados en establecimientos de cuidados en estos términos:

(...) en los establecimientos de cuidados del Reich se encuentran alojados infinidad de enfermos incurables de todo tipo, que no sirven humanamente para nada, antes bien suponen tan sólo una carga...son personas asociales que no merecen vivir, pero al mismo tiempo tienen los órganos internos absolutamente sanos y todavía pueden vivir décadas. (Götz, 2014, p. 51).

De este modo, comenzaba a instalarse la necesidad política de “limpiar” la sociedad minimizando los costos y aprovechando todos los beneficios que de allí pudieran obtenerse. Concretamente, sus cuerpos como

objeto de investigación, sus vidas sometidas a experimentaciones de todo tipo.

Sin ningún tipo de fundamento moral, en el marco de la pretendida neutralidad científica, los médicos miembros del Comité de Reich vincularon indisolublemente los progresos en pediatría con el asesinato de niños hospitalizados por enfermedades de diverso grado convirtiéndolos en material de estudio. De modo igualmente amoral cooperaron una enorme cantidad de universidades e instituciones de prestigio como, por ejemplo, el Instituto Emperador Guillermo de Investigación Cerebral de Berlín o el Instituto de Investigación Neurológica de Breslau, entre otros.

Prestigiosos patólogos alemanes, convertidos en miembros del Comité, se aseguraron el derecho de acceso a los niños condenados a muerte por los dispositivos de pureza racial, protegidos por discursos como el siguiente:

(...) los niños del Comité del Reich todavía son útiles en otras dos áreas científicas. Por un lado nos permitirían comprobar la eficacia de la vacuna contra la escarlatina y, por otro, estarían disponibles para tratar el importantísimo problema de la inmunización tuberculosa (...) Con el objeto de intensificar la investigación en niños discapacitados, se celebraría, en la primera mitad del mes de abril de 1943 un congreso para los médicos del Comité, que tendría carácter informativo y educativo. (Götz, 2014, pp. 126-127).

Junto con la medicina, la psiquiatría fue perdiendo su horizonte, pues el estudio de los “anormales” para prevención y cura se convirtió de modo definitivo en clasificación de seres humanos que pudieran ser considerados como peligrosos para el resto de la sociedad. De este modo, la psiquiatría sostenida sobre supuestos biologicistas y darwinistas se aplicó al esfuerzo de segregar a los seres humanos enfermos para su posterior eliminación.

(...) de esta conceptualización (...) a la eliminación y desaparición hay solo un breve paso que dar. Al fin y al cabo, lo inútil debe ser barrido de la existencia con toda "legitimidad". Auschwitz es producto de la matriz positivista (...) es conclusión, síntesis y clímax del científicismo autoritario. (Navarro, 2009, p. 30)

El mismo criterio que animó a los científicos a experimentar con seres humanos deficientes, autorizó el siguiente paso de eliminación en cámaras de gas y crematorios a cargo del conocido T4, el grupo de acción que en el edificio N° 4 de la calle Tiergarten de Berlín tenía a su cargo la administración del programa de eutanasia en discapacitados mentales y físicos y posteriormente la "solución final", con los mismos procedimientos en los tristemente célebres campos de exterminio.

Un análisis crítico de este caso desde la antropología de Wojtyla

En el libro *Memoria e identidad*, Juan Pablo II (2005), retiene su reflexión sobre las ideologías del mal que atribularon a Europa en torno a la Segunda Guerra Mundial, e identifica como causa profunda de este imborrable fenómeno una opción intelectual producida en el ámbito de la filosofía paralelamente al surgimiento de la ciencia moderna. Para el Papa Wojtyla, la lógica cartesiana del *cogito* con prioridad al *esse*, Dios se reduce a un contenido de la conciencia y abandona progresivamente el lugar de fundamento de todo cuanto es, el "Dios de los filósofos" deja solos a los hombres, quienes se convierten automática e irreflexivamente en creadores de la historia y de su propia civilización, y decidiendo por sí mismos lo que es el bien y lo que es el mal. "Pero si el hombre por sí solo, sin Dios, puede decidir lo que es bueno y lo que es malo, también puede disponer que un determinado grupo de seres humanos sea aniquilado" (Juan Pablo II, 2005, p. 24).

Así como la ciencia moderna se desvincula de la ontología, la filosofía o cualquier actividad intelectual rechaza la noción de una realidad profunda que nos constituye como seres humanos, es decir, "el concepto de naturaleza humana como *dato real* poniendo en su lugar un *producto del pensamiento* libremente formado y que cambia libremente según las circunstancias" (Juan Pablo II, 2005, p. 25), y de este modo diversas ideologías políticas justificaron la elección de aquellos que merecían ser considerados seres humanos.

El Papa polaco ha vivido en carne propia la negación de las libertades fundamentales de todo ser humano, primero de mano del nazismo y luego por parte del régimen comunista que sometió a gran parte de Europa del Este hasta casi fines del siglo. En los años inmediatamente posteriores al fin de la guerra y luego de estudiar durante dos años en Roma, Karol Wojtyla regresó a Cracovia destinado a realizar su trabajo pastoral con jóvenes universitarios y, entregado de manera irrenunciable al sacramento de la confesión. En el ejercicio de este acto de encuentro humano conoció a una joven recientemente recibida de médico psiquiatra; el encuentro podría haber sido uno de los tantos que el P. Wojtyla sostenía diariamente si no hubiera sido el inicio de una profunda amistad que sostendría hasta el final de su vida con Wanda Poltawska y su esposo Andrej con quien compartía al mismo tiempo el ejercicio de la docencia en filosofía.

En el año 1949, la Dra. Poltawska intentaba reiniciar su vida en Cracovia luego de haber sobrevivido durante cuatro años al horror de ser prisionera en el campo de Ravensbrück y de haber soportado una serie de intervenciones quirúrgicas experimentales. Había sido liberada al finalizar la guerra e intentaba encontrar una respuesta a la pregunta que, siendo víctima directa del nazismo, atravesaba su conciencia y su vida entera: ¿qué es el hombre?

Le urgía resolver la cuestión que diera razones de porqué los seres humanos son capaces de realizar tantas hazañas y, al mismo tiempo, ser capaces de grandes actos de heroísmo y hasta de martirio. Poltawska (2010), cuenta en *Diario de una amistad* que durante esos dos años de interna en el campo lloró solo en dos oportunidades: en la primera, siendo testigo del robo fugaz de unas papas que realizó una maestra de cabellos blancos, “una señora respetada a quien yo quería” del plato de sus compañeras de sufrimiento y de hambre. La segunda oportunidad se dio cuando con el fin de la guerra se decidió que las últimas prisioneras en entrar a Ravensbrück serían eliminadas al día siguiente y encontrándose ella entre estas condenadas recibió la propuesta de que otra mujer tomara su lugar para que Wanda, siendo más joven, viviera y pudiera contar al mundo lo que allí habían vivido. Estas dos experiencias instalaron de modo definitivo la urgencia por comprender quién es el hombre?:

Todo aquello me reveló como nunca el misterio de la humanidad y profundizó mi angustia; el hombre se me aparecía como un enigma para cuya solución no tenía la llave (...) Yo buscaba continuamente una respuesta a la pregunta ¿qué es el hombre? La medicina no bastaba, la psiquiatría tampoco y la filosofía menos; ni siquiera la psicología. Entonces, ¿qué podría haberme satisfecho y me habría dado finalmente la respuesta? ¿Quién me podría ayudar? ¿Tal vez un sacerdote? (Poltawska, 2010, p. 32).

Y fue, efectivamente un sacerdote quien ayudó a Wanda a transitar el camino que pudiera ofrecerle la respuesta. Pero era un sacerdote particular, de gran estructura formativa en teología, en la filosofía tomista, en fenomenología y una gran experiencia en pensar y vivir el misterio de la persona humana.

En los años que vivieron presencialmente esa amistad, Wojtyla desarrolló sus dos más grandes obras *Amor y Responsabilidad* (1978)

y *Persona y Acto* (2003). En ellas recuperó el fundamento de las normas morales en la estructura ontológica de la persona fraguando esa experiencia de amistad que le mostraba fenoménicamente la dimensión de la subjetividad de la persona que le permite vivir la conciencia de su libertad frente a todo condicionamiento externo, aún el más extremo como el que Wanda había vivido con el padecimiento del frío, el hambre y el dolor físico extremos.

Tal como la Dra Poltawska lo dice en su *Diario*, seguramente en muchas ocasiones ha compartido con Wojtyla su experiencia límite de “querer comprender” aquello que vivió en Ravensbrück. Ella sostiene que aún cuando los hombres de las SS “nos obligaban a una tal desnudez de sí que parecía destruir todo aquello que era humano en nosotras (...) no obstante había un aspecto en mi yo en el cual conservaba mi libertad interior (...) Había conservado la curiosidad” (Poltawska, 2010, p. 25). En esos cercanos diálogos indudablemente Wojtyla confirmaba su intuición fundamental acerca del conocimiento antropológico: en la vida interior, en la subjetividad todo hombre se sabe irreductible.

Cabe señalar que no se trata de una vida interior vivida al modo de una conciencia transparente, sino de una interioridad que por medio de la conciencia y en la experiencia de la acción va mostrándose como dimensión irrepitable de la realidad humana en general:

Esta realidad única no puede venir reducida sino solamente *mostrada* sobre la base de la experiencia, mediante un cuidadoso análisis fenomenológico, evitando el error de concebir a la persona fuera de la realidad del hombre y transitando por el esfuerzo constante de conciliar a la filosofía del ser con la filosofía de la conciencia. (González, 2013, p. 144).

En *Persona y acto*, Wojtyla afirma el principio gnoseológico de la experiencia como punto de partida, el enfoque adecuado

para abordar la subjetividad de todo hombre es la reflexión a partir de la experiencia vivida, pues en la experiencia de sí mismo, tanto de aquello que le sucede como de aquello que realiza conciente y voluntariamente, todo hombre vive su irrepitibilidad, su irreductibilidad a cualquier objeto del mundo, es decir, su carácter personal.

En este espacio de reflexión se manifiesta la estructura ontológica de la persona humana: la autoposesión y el autogobierno que muestran la autodeterminación, es decir, la libre voluntad y, por tanto la trascendencia del hombre. Aspectos todos ellos que intentaron negarse a las personas que fueron elegidas para experimentación o eliminación con supuestos fines científicos en el contexto histórico que analizamos.

Como hemos insistido en varias oportunidades ya, la negación de una naturaleza humana, del valor absoluto de la persona que de esta naturaleza se deriva ha permitido -y continúa haciéndolo- que una supuesta ciencia al servicio de los intereses del poder decidiera de modo inmoral la consideración de las personas como medios para sus propios fines y no como fines en sí mismas.

En *Amor y responsabilidad* Wojtyla muestra que la estructura ontológica de la persona -que se manifiesta siempre en sus actos- funda suficientemente todo principio práctico de acción; distinguiendo conceptualmente entre cosas, hombres y personas insiste en que ser persona expresa algo más que ser un individuo de la especie, por tanto, aún cuando se negara una naturaleza humana, nadie podría negar la experiencia personal de vivirse como irreductibles. En la experiencia que Wanda expresa de saberse con una autoposesión tal que ninguno de los actos abyectos realizados por los SS, ella vive la experiencia absoluta de ser -en palabras de Wojtyla- “inalienable”.

Este dato experiencialmente conocido por cualquier persona es suficiente para mostrar con evidencia la diferencia

radical entre una persona y una cosa y, por ende, la obligación evidente y universal de no tratar jamás a la persona como a un objeto y mucho menos servirse de ella como un medio. (González, 2013, p. 191).

La experiencia de autogobierno y autodeterminación devela el valor absoluto de la persona y, en consecuencia, el imperativo moral de no reducir jamás dicha dignidad respetando la ley fundamental conocida como norma personalista que indica que:

(...) cada vez que en tu conducta una persona es el objeto de tu acción, no olvides que no has de tratarla solamente como un medio, como un instrumento, sino que ten en cuenta el hecho de que ella misma tiene, o al menos debería tener, su propio fin. (Wojtyla, 1978, p. 22).

A modo de conclusión

Al comienzo de esta exposición hicimos referencia al interés transformador de la actitud científica de la modernidad; la desvinculación de los principios de autoridad hizo que la ciencia se dejara guiar tan sólo por aquello que la experiencia le va indicando y de este modo han sido posibles grandes descubrimientos del modo en que la realidad natural “funciona” permitiendo al hombre desarrollar cierto control sobre la realidad natural a fin de mejorar las condiciones de vida.

En sí mismo, nada de esto es reprochable mientras hace posible el señorío del hombre sobre el mundo; ahora bien, hemos visto que, desprovista de reflexión antropológica y, en consecuencia ética, los científicos pueden incluir a los seres humanos en el horizonte de este mundo controlable y modificable. Es lo que han hecho algunas disciplinas cuando bajo el régimen nazi de gobierno han considerado a algunos seres humanos bajo categorías biologicistas que bien justificaron una “selección no natural” de los más aptos.

Cierto es que no se trataba de disciplinas científicas que pudieran caer bajo la denominación de “ciencias humanas” o “sociales” en tanto solo tuvieron en consideración el aspecto biológico de estos hombres y los consideraron como seres defectuosos que ponían en peligro la higiene racial que el proyecto de poder sostenía. Sin embargo, la desvinculación del conocimiento científico de la reflexión antropológica hizo posible que junto a estos capítulos de la historia de la medicina y la neurología, también otras ciencias pretendieran la misma autonomía metodológica que les daría una mayor objetividad y validez a sus descubrimientos.

Los tristes capítulos de la *Historia de la Humanidad* sobre los que reflexionamos han puesto en evidencia que:

(...) las aplicaciones prácticas de conocimientos psicológicos, económicos o sociales crearon, junto a oportunidades de desarrollo auténtico, usos no compatibles con la dignidad de la persona humana, nuevos problemas y crisis que requieren el concurso de un orden de racionalidad y valoración distintos. (Leocata, 2010, p. 109).

Que una ciencia desprovista de reflexión antropológica, puede dar lugar a la consideración inhumana de los hombres. Es evidente que, como señalaba Husserl la crisis de la Humanidad hunde sus raíces en la crisis de las ciencias por ende es urgente repensar el lugar de las ciencias humanas como faros que puedan guiar el progreso de la historia humana.

Para ello es imprescindible que las Ciencias Humanas no olviden ser, al mismo tiempo, Ciencias de la Persona; es decir, que aun respetando la autonomía metodológica sea posible seguir reconociendo que es el conocimiento antropológico el que puede indicar el norte de las investigaciones en el campo de lo humano. Aun cuando el cientificismo fortalecido en el siglo XX haya hecho posible la desvinculación de

toda reflexión ontológica; aun cuando hubo hechos históricos tan aberrantes como los mencionados en este trabajo que brotaron de la negación de una naturaleza común a todos los seres humanos y aún cuando diversas posturas filosóficas pongan en duda también la posibilidad sobre el conocimiento ontológico, Wojtyla ofrece una alternativa para pensar la posibilidad de que lo que ocurrió una vez, no vuelva a suceder jamás.

Referencias Bibliográficas

- Castro - Gómez S. Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro en la colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2000.
- González C. Fenomenología, ontología y ética. La fundamentación de la moral en Karol Wojtyla. Buenos Aires, Biblos, 2013.
- Götz A. Los que sobran, traducción de Héctor Piquer Minguijón. Buenos Aires, Crítica, 2014.
- Juan Pablo II. Memoria e identidad. Buenos Aires, Planeta, 2005.
- Leocata F. Filosofía y ciencias humanas: hacia un nuevo diálogo interdisciplinario. Buenos Aires, Educa, 2010.
- Mardones J.M. Filosofía de las Ciencias Humanas y sociales. Una nota histórica de una polémica incesante. Barcelona, Anthropos, 2001.
- Navarro D. El programa de eutanasia de Hitler: lógica científica y la regulación legal de lo atroz. Revista jurídica da Toledo de Presidente Prudente SP, 14: 18-34, 2009
- Poltawska W. Diario di un'Amicizia: La famiglia Poltawski e Karol Wojtyla. Milano, San Paolo, 2010.
- Wojtyla K. Amor y responsabilidad. Madrid, Razón y Fe, 1978.
- Wojtyla K. Persona e atto. Città del Vaticano, Bompiani, 2003.